

EL ESTRECHO INMOVIL: OTRO ESPACIO.

(1992-2006)

José Luis Ángeles

Señoras y Señores, dejen inmediatamente
lo que sea que tengan entre las manos.
Ustedes no lo saben, pero puede ser peligroso.
Podría ser un transmisor de guerra norcoreano.
Podría contener un microexplosivo
suficiente para descuartizar a Usted y a su familia.
Corra. Desconfíe. Déjelo. No piense.
Los perros pasan por este camino dos veces.
Usted ocúpese de su seguridad.
Nosotros pensaremos en el resto.

PERO DEJE INMEDIATAMENTE LO QUE TIENE ENTRE LAS MANOS.

Misión imposible

Describir, con cuatro palabras, el orden, la caverna:

exfoliar las láminas del sentido,

acariciar los extremos incinerados de la lluvia.

(Ellos)

llegaron con la molienda y el almizcle

prendido tan despacio entre las uñas

(Nosotros)

construimos las casas y las villas,

los sucesos necesarios sobre el terreno

Describir precariamente el orden

Con cuatro palabras, hablar del orden.

Me pregunto con qué derecho hablamos de la arena.

El viento ha cambiado de dirección
en apenas dos segundos. Cualquier imprecisión
refuta la víscera de la paloma. Y la arena
se desliza transportada por el aire.

Insistes en el camino bifurcado.

(Existes).

Pregúntate por el precio de esta contemplación
cuando has trazado una línea con el dedo.

Arena absoluta, paisaje vacío.

Tu desnudez es laberinto.

Y la arena se esparce en infinitas direcciones.

Resistes en el camino escindido.

Como una pluma que se desliza, negra,
es la ocasión de seducir. Última etapa
en el retorno a los criaderos de malvas.

Vi las águilas volando en derredor,
estaban exhaustas de paio y de planicie.
Me incliné a coger un guijarro y el río cambió de tersura.

Comprendí que el curso es un accidente,
que las larvas del pasado incuban en los meandros
y que sólo hallaría descanso en el fulgor del blanco.

El sendero se erizaba, el monte era escarpado.
Podía dormir o contar las aves hasta el buendía.
Me invadió una certeza de transcurso y de incompleción.

Ya sólo me quedaban los márgenes del río, de su escritura.
Tomé conciencia del viraje. En la finitud de mi existencia
buscaría acogida en el frío, en la inevitabilidad (inhabitabilidad) que lo informa.

Tropiezo con los sistemas.
Tropiezo con las empresas
(especialmente de trabajo temporal).
Tropiezo con ministerios
y tropiezo, ay de mí, con ministros.

Tropiezo con las leyes
y,
meticulosamente, tropiezo con los jueces,
tropiezo con las armas y los traficantes
tanto como con los reyes,
tropiezo con la amargura y con la tristeza
de tu cara entre la lluvia.

Renuevo mi compromiso inquebrantable
de tropezar mil veces con la misma piedra.

POEMA IMPROPIO

--dónde el agua que arrastrará el poema
a las trampas sigilosas de la conclusión,
dónde los vientos que lo lleven
al coto cerrado, a la privada hacienda

--el poema fluye posiblemente
ajeno al ancho mundo y ajeno
a toda forma de propiedad,
tan impropio de mí.

Por primera vez en ocho días ha temblado el horizonte.
Ha sido a las tres y veinte de la tarde.
He pasado todo el día en mi tienda.
Hani me ha traído un arroz con champiñones de bote
y se ha sentado a comer conmigo.
Mientras él atendía a los animales
yo me he tendido a leer mi gramática de árabe.
Sobre las dos me ha invadido el sueño inadvertidamente
y habré dormido una hora o un poco más.
He abierto los ojos al verde caqui de la tienda.
Me faltaba aire para respirar.
De pie debo caminar encorvado
para no tocar el techo con la cabeza.
El sudor se me ha hecho frío sobre la piel.
Al salir al exterior un azote de sol me alcanza el rostro.
A lo lejos, tiembla el horizonte.

En este cuerpo hay zonas ignoradas

Alguien que podría ser yo ha puesto la mano entre las brasas
ardientes sin un grito ni una palabra ha devuelto el muñeco al incinerador
ha devuelto al mar los delirios quemantes de esperma y sangre en olas
los animales hostiles de miembros carcomidos y ojos dislocados
los ha devuelto al monte
con la furia de las luces ignoradas, la rabia de roedores que se agazapan para no ser vistos a
[la luz de las hogueras
con árboles que ululan en la noche como posesos / sencillamente sin dolor
y con las aguas pantanosas que remansadas en lodo entibian los caminos
alguien que podría no ser yo ha calculado el azar de una parábola
y ha visto en ella el infinito / sin creerlo: ha querido ser encantador
rociando las tierras germinadas de almendros e ilusiones cual
manos llenas
han caído lentamente entre los copos de las primeras nieves y el abismo
ha querido cerrarse por un momento solamente quién fuera encantador
de caricias y espejos zodiacales cuando quietos pozos gritan condenados
a la negritud al olvido de las aguas turbias a la ceguera de la vida mansa
alguien que ya no podría ser yo ha lamido el poco silencio que había en los lagartos
y ha salido a regar el tiempo con espuma de horizonte sin barcos ni velas
sólo sol y nubes habitando el espacio individido y una quemazón de brasas en la mano

Mis manos, mi voz...

extrañas escrituras en tiza y lápiz emanan de mis dedos
escondidos en mis manos con miedo a ser garganta
con miedo de ser mis dedos voz y grito
mariposa (mas fueron mis manos), mariposa y alarido
antes del sueño...

sabes que en los arrabales se comete gozosamente adulterio
con lunas y meretrices, estrellas, luces y lunas y meretrices

sabes que en ciertos suburbios se trafica en especie prohibida,
que se venden, con sonrisas de medallas y uniformes azules,
cuero negro y raso de terciopelo entre los muslos
porque conoces el goteo de las tardes en el chino,
el poniente que nadie espera y llega rojo

las lápidas que tú redactas, cinceles y buriles

en la mano y en el vientre,

las ventanas que has sellado, las puertas que has tapiado

por que no pasara
el viento de la noche,

los muros que has alzado,

cuántos muros has alzado en esta vida,
peregrino con la luna en la cabeza

(qué exilio blande arma y hiere al extranjero?)

tu mundo de máscaras

es tuyo,

tu mundo de música y de canto de sirenas,

de arpegios y estetocopio —

si liras y arpas tan dulces suenan

y posees el timbre, tienes el tono

y es tu mundo, estás contento?

Enchantment

No hay pájaros de hielo en las cuevas,
sólo plumas que vigilan el sortilegio y la caída.
Mis amantes tienen cuerpos que son columnas.
Terribles manos de sudor y muerte
como cortinas de sándalos contra el tiempo, la luz.
Memoria escucha los latidos del recuerdo
mientras guardan rostros en las llamas.
«¿Y si esto no fuera más que palabras y arena?»
Sin embargo, estos terrones que en mis manos asoman
interrogan todavía el camino y la posada.
He estudiado, Señora, vuestras lluvias de voces,
lluvias negras y grises y lluvias
de voces,
pero, por mucho que miro, aún no veo el final.

El bastón de los recuerdos

Agua azul entre los dedos, alimento, reposo
destapa los frascos de los líquenes y siempre lo s ofrenda al universo.
No olvida pisar la línea de la sombra, no desdice latido alguno, pues sabe
que nunca mienten cenizas:
fuego debió de haber.

Tímidas estacas crecen y se asoman al bastón de los recuerdos
cual extraños visitándote en tu propia mente

tienes, como siempre, un bastón en el recuerdo y no me pidas compasión.

No te pares, hirviente peregrino, no depongas ni desmayes,
es un látigo el camino.

Venga, caminante, venga, que nos doblan por la espalda y la pared.

Tímidas estacas han venido a tu regreso
con labios esparciéndose en el ámbar.

Has venido sin advertir los indicios de tormenta en lejanía,
sin ver siquiera que los árboles han doblado en saludo al alacrán —puño cerrado.

Son éstos tus labios, que habitan el olvido.

Rosa dispersada por los vientos,
cual acto de caníbales y terror en los ojos,

así las pestañas.

Líquidos se funden, colosal ignición,

martillos acerados en el muro, tenazas y planchas, colgadas del cuerpo,

aguardan en el cobre,

batidos en artesanía medieval donde las luces no cabían, donde los rayos

no entraban.

Esto es todo de lo más extraño.

Debemos irnos, aquí no estás seguro.

Debemos coger las manos que dejamos en el fuego y dejarlas, a medio asar, para guardarlas

y en el humo encontrarás palabras para guiarte.

En la ciudad de las piedras mudas,
andar despacio en la sombra de los dinteles.
Escuchar el ritmo sosegado de los perros
que regresan, rendidos, de la noche.
Cuando las calles se invierten y las palabras giran,
apareces, luminosa, en el campo de las cigarras.
En la ciudad de las piedras mudas,
tender el oído y escuchar bien.

En la ciudad de las piedras mudas.

(Toledo, julio de 2002)

Mirar el cielo es continuo río.
Un fugitivo acaba de pasar.
No se puede descartar lluvia en las zonas montañosas.
Vino un extranjero a comer de nuestro pan.
Le dijimos: «Llevo años trabajando en la materialidad de la palabra».
Un mendigo nos pidió limosna.
Nos quedamos con el extranjero.
Me preocupaba una tormenta inoportuna.
El extranjero pidió agua y nos contó relatos.
La gente no pasaba por la calle.
Un individuo ramificándose infinitamente.
Es un sacrificio.
Ramificaciones.
Nunca sé si el cielo ríe.
Sé que el cielo pasa.
Demasiada tranquilidad asuela los caminos.
Como la peor de las epidemias.
Pero esta noche id con cuidado.
Esta noche un extranjero se aloja en nuestra casa.
A veces las nieves viajan miles de kilómetros.
Ha contado historias de hombres de colores.
El cielo bien mirado es un río interminable.
El extranjero parece que delira.
Sus historias son desconcertantes.
No sé por qué pienso en el mendigo.

El cielo está más gris que nunca.

Tened cuidado. Arriesgáis más que una limosna.

El extranjero está presente. Ante él me ausento.

El cielo amenaza lluvia. Volveremos.

Las montañas son tan claras.

El tiempo es tan largo, tan largo

y no es eterno.

El frío acaba de llegar y se ha marchado.
La decisión se demoró.
El bosque a veces parece fingido.
Casi se podría escribir: «el viento tan lisamente se desliza
que la nieve le envidia las hechuras».
Tu ausencia es un bosque de chopos en el aire,
casas elevadas el fango movedizo
y, en medio de estas amabilísimas personas,
siento que su visión me atenaza los pulmones.
No me reconozco.
A veces me miro y no me reconozco.
La voz engangrenada.
En el mar de tus ojos,
el estrecho inmóvil.

Entonces la niebla velaba el camino.
Un pájaro cerró las alas sobre un árbol.
Provocó una acelerada transición
de los establos a la alberca
y la noche cayó.

Entonces no había escarcha en los ojos de los ancianos.
Ahora los niños recorren con disciplina el sendero
y ha venido un perro a ladrar a mi puerta.
Con qué derecho, pregunto, diremos después
que una línea trazada en la arena
basta para congelar una mirada.

tu mirada imaginaria es una huella en la memoria
un recuerdo que se desgrana en la lluvia
una fotografía que se deshace en las manos
y se reconstruye en la cabeza
un recuerdo, decía, que se desangra en la lluvia
y arremete como una blanca explosión
contra el increíble arrullo de las palomas

una distancia inexorable
un ave cansadísima de fuego
una explosión sin sonido que entender
un lago
una astilla, tal vez
la curva indeclinable de la memoria
al corazón

una colisión invisible

una muchedumbre sin asilo

Aunque nada me quita los párpados de la noche,
no deseo callar los gritos alanceados
que se ocultan en los colores de bronce del sueño.
Y ahora, que sé cuántas cosas se ocultan en un puño,
tengo nombre para cada rostro y cada voz.
Podrán las marchitas azucenas
desvanecerse con elegancia en el aire de la tarde
sin que se escuche una palabra de protesta:
-“es inadmisibile”, “se perdieron las formas sin remedio”,
“qué falta de decoro”, “qué sinvergüenza, qué horror”-.
Y ese gesto, dibujado con trazos de arena,
ocupará por un instante el lugar de todas las palabras del mundo.

En el cerebro de un pájaro (I)

asentir a las visiones
estar en el cerebro de un pájaro
y mirar las coordenadas
con la frialdad del almirante
no con la risa de la noche
me encuentras tibiamente amortajado

En el cerebro de un pájaro (II)

dudamos de los brillos rojos
intensos y miramos desde el pájaro
con una amarga sospecha
el cerebro no lo ha registrado
pero el ojo fugaz ha visto
lívidos actos en el gris del bosque

el cerebro respira desangrado
allende el mar do el cielo muriera
procelosos huérfanos del Cocyto, exhaustos,
muestran su culo inmenso al pedregal,
espacio alado de la lectura escindida

entre el páramo y Leopoldo María Panero

Para Sara

el cieno será nuestra mortaja
cuando el pájaro se encienda nuevamente
en las avenidas de un país ya otro

una mortaja de cieno
para dos amantes sin dirección
para el pájaro y la siempreviva
en el mirador y en el cenagal

Le llamaban Trinidad

¿se han marchitado las heroicidades del pasado,
definitivamente pasado, las palabras se han perdido
entre restos de cochinos y sólo quedan formas recalitradas, se ha vuelto triste este caribe (para
que más de uno enrojeciera)
de sangre de almendra y cocoseco, se han borrado los gestos,
se ha vuelto todo transparente, ¿estás? ¿estás ahí?, invisible,
es todo una celebración del disimulo, un elogio de la presencia autonegada,
de la nada en la línea del índice, es cierto que ya los buenos y los malos
son lo mismo, se llevó el hálito de la gente el viento del norte,
hubo noche para nuestra causa y sólo la habrá mientras respiremos,
será cierto eso de que hay un hombre blanco en un lugar de la mancha,
yace todo definitivamente sepulto en anaqueles de hemerotecas,
quiero decir *definitivamente*, o es todo esto una gran pregunta?

¿se han fundido las metralas de la ideología en funcionales ornamentos,
las granadas en cajitas para guardar joyas, las balas en exóticas arracadas,
se ha mezclado el enemigo con el amigo y tienen todos el mismo rostro,
se está haciendo así también el mío, me reconocería si me viera en el espejo,
reconocería un fusil si lo tuviera ante los ojos, mi viejo fusil
se acordará todavía del sudor de mis manos, me acordaría yo del suyo,
cuándo volveremos a vernos, seremos como ellos y todo habrá sido en vano,
es posible ser más viejo que yo, si los muertos no envejecen?

DIEGO RIVERA

I

pintar un mural en el medio de la calle
y calcular cada gesto del escándalo,
cada comentario, cada reprobación,
anticipar la incomodidad y pintarlo sin embargo

II

sin embargo la ciudad de los murales
donde láminas de hielo coexisten con las penas del miserere
absorbe por siglos la sangre del indígena
“escuche, su nombre es oscuro como el aire”
“mi nombre, oiga usted, es ligero como el pan”

Enredado en arbustos)

Yo también soy Marcos

(Yo también soy un hombre

que en un día cualquiera de la historia)

un gay en San Francisco

(despreciado por el acento vagamente latino

rociado de fuego de mediodía)

un comunista tras la caída del muro

(que hacía sonar un trueno

de años retenido en la jungla)

una mujer de madrugada en Nueva York

(tras una violación impune en el sub-way

gritando menos de dolor que de rabia)

un palestino en Israel

(apedreado hasta la muerte contra un muro

sufriendo más de rabia que de miedo)

un negro en Johannesburgo

(quemado a lo bonzo para regocijo general

hasta que se le hizo una brasa el corazón)

un emigrante turco en Alemania

(marcado a fuego en el campo

y soy, naturalmente)

un zapatista en Chiapas

La columna encadenada de la cometa
se extravía donde las chinches,
los ojos de azar adormilados
se inclinan hasta la nada.

Los gusanos se escaparon esta tarde mientras dormían las persianas. Llevaban en el vientre
rosas cubistas, burros de Buñuel, llevaban mujeres de Lorca y campos de Bréton.

Creced y multiplicáos.

Mal discurren los ángeles por los estrechos márgenes de las montañas y, aunque la aurora lo proponga, otros planes disponen para las aves los subterfugios, las planicies, las mentiras y las almendras. Los perros corren a tu puerta, los niños son flechas. Las muchas fracturas se reúnen -por un instante- en el umbral ambiguo de tu alcoba. Nace un enemigo de la lluvia, clavado a las ingles de la tarde / húmeda, espaciosa, lenta y tan extraña. Se alejan sus luces de ti, sus brillos se enajenan. Un amargo tordo transporta el alma /que hay en ti. La luna invade el espectro melancólico del ocaso. Gozo las curvas del meandro. En el Oriente, te hallo.

Cuando comenzaron a encarcelar comunistas callé: yo no era comunista.
Cuando fueron a buscar sindicalistas tampoco dije nada: yo no era un
sindicalista. Cuando vinieron por mí, ya no había quien pudiera
protestar.

Martin Niemöller

Y a mí qué, me pregunto, las inercias con que las aves conducen sus vuelos. Ya sé que
temprano se alzan las nubes. Qué barruntan los oscuros hijos del milenio

escondidos en las junturas de los cayos. Sólo miran, sólo callan

los muchos gritos de las venas. Inflamadas, corren las estrellas a besar a su dama. Saben que
las fuentes no las dejan solas. Se alzan lentas cuatro lunas en la hoguera. Un hurón dibuja su
estela en el tapiz de la enramada.

Qué a mí los hurones ni las fuentes, qué me tocan las damas ni las venas. Nada son los gritos ni
los cayos... ni la luz... ni las estrellas.

La profunda asimetría de la guerra, la nueva guerra, la guerra entretenida, descansa públicamente en los entresijos telemáticos, en la profunda enredadera de los medios mal entendidos.

La nueva guerra es atopía, es distracción, es una sombra, una ficción.

Si no hay fin sin medios, no ha de haber
guerra sin remedios.

Mal calcula el distante mercurio la temperatura de la Iglesia. Poco sospechan los niños el insondable rostro del soldado. Los balcones, eso sí, se abrieron sin preguntas a los cierzos del veneno.

Y, en la invisible infinitud del desierto, contemplé Tu rostro.

Y si nada saben los pájaros del acero que les dio su forma, las montañas se abren y recorren la distancia hasta la tarde

en el instante ciego del relámpago porque nadie te conoce.

Porque nadie te conoce recorreremos el trayecto hasta la sangre lenta y espaciosa que riega la ensenada.

MADRID, 11 DE MARZO DE 2004 (IV)

En el pliegue oscuro de una axila,
en los fríos rincones de los lodos,
en las marmitas olvidadas de los vientos,
en las pupilas quebradas de un viandante,
la seguridad estalla en láminas de hielo
en las misiones, en las esferas

altas de los bienandados

en la pinacoteca del barrio, en los almacenes de luz de gas
en la encía de una vieja, en un lugar desconocido
en las mañanas de domingo con amor y sin misa
se camina despacio y sin miembros

el andén es un espacio abierto
donde se agolpan a veces los muertos a conversar :
las esquinas se quedaron temblando de frío
ante los ojos perdidos de los ancianos
unos pájaros se dilatan enormemente
pero son de hielo y están vacíos
como ahora el andén, cuando los muertos
se recogen en sus casas y un barrendero
limpia diligente los rastros de la masacre :
queda la sensación fatal
de un grito de niño en las entrañas
creciendo ya sin tiempo
en los pelos, la saliva, el semen, la sangre
de los nombres que no volvieron :
hoy el andén es andén de nuevo,
un lugar de paso, un lugar de nadie
en tránsito indefinido hacia anónimas latitudes :
a las ocho de la mañana de un día de marzo,
me instalo en el viaje.

[29 de octubre de 2004: el FBI admite que media tonelada de explosivos desapareció de la custodia del ejército estadounidense en Irak]

el equilibrio inexplicable de los ojos atravesados,
la quietud sin tacha de las lenguas cercenadas
son enigmas para el gentil espectador del *prime-time*
y mientras un ratón husmea las claridades de la tarde

un espasmo recorre de pronto el espinazo del satélite

ZONA CERO (I)

para forzar el milagro del cieno y de las brasas
el roble se inclina sobre el cementerio
el cordero se pasea por Manhattan
entre lluvias de fuego y heridas de neón
para seguir el camino sin señales
que, en medio de tan amables personas,
le lleva ante las férreas aguas del pozo
donde me miro y ya soy otro

(zona cero, 30 de diciembre de 2002)

ZONA CERO (II)

el cieno encendido se dilata sin remedio
como las alas rotas de la paloma, como la mugre
el quieto fuego se traga las volutas
el crepitar de tu mensaje en la hoguera
se lleva tu rostro para siempre

(zona cero, 30 de diciembre de 2002)

ZONA CERO (III)

el crujido largo de las torres
--despacio-- pronuncia roncamente tu nombre
con las mil voces de los rostros perdidos
y los estorninos ocupan posiciones,
mientras tanto,
en el centro de la tarde
 en el medio de las brasas

 en el ojo de la jungla

(zona cero, 30 de diciembre de 2002)

en este recodo del camino,
donde perdimos, tal día como hoy,
la cartografía de la memoria

en este recodo del camino,
digo, en este mismo repecho,
en un día como hoy

en este recodo del camino,
con un saco de mariposas extraviadas,
en un día como hoy

puedes escuchar los gritos de socorro
en este recodo del camino,
en un día como hoy

ser enlace de territorios
colgar de un puente sobre la noche
mirarme en las aguas turbias de tu boca

regresar callado al grito primigenio
desgarrarse las telas del corazón
morderse la carne hasta la sangre

mirar las piedras y no el camino
comprender las piedras, no el camino

instalarse sin remedio en el viaje